

ban los trabajos, no dejándose servir aun de los familiares del hospital en el aderezo de sus aposentos. El Sr. inquisidor D. Pedro Moya de Contreras, dos prebendados de la Santa Iglesia Catedral en nombre del venerable dean y cabildo sede vacante, y los prelados de las religiones pasaron aquella mañana misma á felicitarles de su arribo. La fama habia llegado al palacio del Sr. virey ántes que los padres, desembarcados de visitas de tanto respeto, hubiesen podido, segun las órdenes de S. M. presentarse á S. E. Oyó la humildad y modestia de su entrada y porte, y lleno de júbilo... *bien se muestra (dijo) que son hijos de su santo padre y fundador Ignacio de Loyola.* Luego que llegaron á su presencia los quince misioneros, reconociendo, aunque despues de algunos años, por algunos rasgos, el semblante, al padre Dr. Pedro Sanchez, él es, dijo á los que le hacian corte, y leyántandose de su asiento le salió al encuentro con suma dignacion algunos pasos. Abrazó con grandes demostraciones de afecto y de alegría al padre provincial y algunos de los mas graves sugetos. Entregósele la cédula de S. M. que no podriamos omitir sin defraudar á nuestros lectores de una pieza que muestra el celo y amor con que miraron desde su cuna á esta provincia nuestro reyes. „Sabreis (decia) mi virey, gobernador y capitán general de la Nueva-España, como nos tenemos gran devoción á la Compañía de Jesus, y á esta causa por la grande estima que de la vida ejemplar y santas costumbres de sus religiosos tenemos, hemos determinado enviar algunos varones escogidos de ella á esas nuestras Indias Occidentales, porque esperamos que su doctrina y ejemplo haya de ser de gran fruto para nuestros súbditos y vasallos, y que hayan de ayudar grandemente á la instruccion y conversion de los indios. Por lo cual, de presente os enviamos al padre Dr. Pedro Sanchez, provincial, y á otros doce compañeros suyos de la dicha Compañía que van á echar los primeros fundamentos de su religion á esos nuestros reinos. Siendo, pues, nuestra resolucion ayudarlos en todo, vos mando, que habiendo de ser esta obra para servicio de Dios, y exaltacion de su santa fé católica, luego que los dichos religiosos llegáren á esa tierra los recibais bien y con amor, y les deis y hagais dar todo el favor y ayuda que viéredes convenir para la fundacion de dicha religion, porque mediante lo dicho hagan el fruto que esperamos. Y para que mejor lo sepan hacer, vos les advertireis de lo que os pareciere como persona que entienda las cosas de aquea tierra, señalandoles sitios y puestos donde puedan hacer casa é iglesia á propósito.”

Leyó el virey la cédula, la besó y puso, segun costumbre, sobre su cabeza, y añadiendo, que aun prescindiendo de órdenes reales tan preciosas, él estaba por sí mismo muy dispuesto á favorecer en todo y contribuir al establecimiento de la Compañía en Nueva-España, lo que habria en toda la posteridad muy recomendable el tiempo de su gobierno; que conocia la casa y familia de su santo fundador: que tenia á mucho honor haber tratado en España, y aun tener alguna sangre de su general S. Francisco de Borja; motivos todos, que fuera del principal de la obediencia y rendimiento debido á la real cédula, lo empeñaban en obedecerla gustosamente, muy seguro de que la Compañía de su parte cumpliria con las obligaciones que le imponia el haber merecido al rey católico su augusta confianza. Visitaron aquella misma mañana al cabildo eclesiástico y religiones, y por ser tiempo ocupado, dejaron para la tarde la visita del Sr. inquisidor. De todos fueron recibidos con demostraciones del mayor aprecio; pero singularmente del Sr. D. Pedro Moya de Contreras, cuyo nombre nunca puede repetirse sin que haga éco el agradecimiento en nuestros pechos. Este illustre personage habia sido en la gran Canaria provisor del Illmo. D. Bartolomé de Torres, y heredero del singular afecto que siempre tuvo á la Compañía aquel baron apostólico. Allí habia tratado al padre Diego Lopez, y tenido bajo su direccion los ejercicios de N. P. S. Ignacio, de donde sacó mucha luz para desempeñar despues con tanto acierto los grandes cargos que fió á su prudencia el rey católico, haciéndolo inquisidor mayor de estos reinos, despues arzobispo de México, visitador general de su audiencia, y finalmente, presidente del real y supremo consejo de las Indias, en que murió con singulares muestras de piedad.

Muchas personas, así religiosas como seculares, intentaron sacar á los padres del hospital, y entre ellos con especialidad el Rmo. Fr. Juan Adriano, provincial del orden de S. Agustin, y el Rmo. Fr. Melchor de los Reyes, de la misma religion, que desde ántes de llegar les tenían prevenidos cuartos en que hospedarlos. No habiendo podido conseguirlo esplicaron su buena voluntad en muchos regalos de aves, y varios otros géneros comestibles. Entre todos brilló la caridad de D. *Hernando Gutiérrez Altamirano*, que luego el primer dia, sabiendo la falta de ropa que padecian los recién llegados, les envió dos piezas de paño, una negra para sotanas, y otra parda para sobre ropas, que de este color se usaron por mas de cien años en la provincia, y una fra-

Muerto del P.  
Bazan, en el  
logio y ex-  
quisita.

Resistense á  
salir del hos-  
pital, y enfer-  
man todos.

zada ó gruesa colcha para cada uno de los sugetos. Lo mismo practicó despues en todas las necesidades de los nuestros que llegaron á su noticia, remediándolas prontamente, sin aguardar á que nada le pidiesen, y no podemos dudar sino que esta magnanimidad que usó con la Compañía y con otras cosas religiosas, premió nuestro Señor aun en lo temporal, multiplicando sus riquezas, y haciéndolo tronco ilustre de los condes del valle de Santiago de Calimaya, una de las mas nobles y mas antiguas casas de México. Bien se conoció luego al día siguiente de llegados el consejo de la providencia en haberles dado por casa el hospital. Adolecieron todos, y entre los que mas gravemente, el padre provincial. La enfermedad era una fiebre aguda y maligna con raptos á la cabeza, que ocasionaba un profundo letargo, de que habia perecido una gran parte de los recién llegados en la flota. Los padres fuera de la comun causa de la mutacion de tantos temples desiguales y de diversos alimentos, habian dado bastante motivo á que hiciese presa en ellos el accidente. En la navegacion y en los puertos donde arribaban habian trabajado mucho en predicar y oír incesantemente confesiones. La caminata habia sido sumamente incómoda, la habitacion en que estaban muy desabrigada, y para unos forasteros muy espuestos á inficionarse de las vecinas salas de los enfermos. El alimento que se les daba aun despues de tocados de la enfermedad, era escaso, grosero, mal sazonado, y ordinariamente frío, porque se repartia primero á las otras salas del hospital. Y aunque muchos sugetos, y con especialidad el cabildo eclesiástico, enviaban muchos y copiosos regalos de cuanto podia necesitarse para el delicado sustento de nuestros enfermos, todo se entregaba al mayordomo de la casa para que repartiase con los demás, contentándose los nuestros con lo que él quisiese darles de limosna.

Peró quanto mas se mortificaban y abatian en todo los siervos del Señor, tanto mas su Magestad los ensalzaba y hacia respetables á toda la ciudad. Los visitaba diariamente lo mas lucido de México. Los canónigos de la Santa Iglesia, los enviados del Sr. virey, los religiosos de todos órdenes, pasaban largos ratos en la cabecera, ya del uno, ya del otro, aunque estuviesen los lechos tan pobres y las piezas tan mal aseadas, que no parecian conformes á la gravedad de sus personas. El Sr. inquisidor con un exceso de ternura, digno de su virtud, repasaba todas las camas, abrazando paternalmente á cada uno. Los prelados con un admirable ejemplo de caridad, mandaron hacer comunes ora-

ciones en sus respectivas familias por la salud de nuestros enfermos, que amaban y trataban como á hermanos; y el reverendísimo provincial de S. Agustin, no contento con hacer lo mismo que todos, ordenó al R. P. Dr. Fr. Agustin Farfan, religioso é insigne médico del mismo orden, que en compañía del Dr. Fuentes asistiese con el mayor esmero á los padres. Admiraban todos en los enfermos la humildad en sus muebles y personas, la mansedumbre y paciencia en sus dolores, la modestia que observaban aun en los accesos de una fiebre violenta, y sobre todo, la alegría invariable del semblante, á pesar de la incomodidad de la pobreza, y aun del peligro de la vida. Con la cuidadosa asistencia de tan hábiles médicos y regalos de todos los órdenes de ciudadanos, que á pesar de la resistencia de los padres, crecian cada dia, y en mejor forma para evitar los piadosos ardides que les inspiraban su mortificacion y su pobreza, sanaron todos, excepto el padre Francisco Bazan, que murió á los 28 de octubre, dia de los santos apóstoles S. Simon, y Judas.

Era el padre Francisco Bazan natural de Guadix, rama ilustre de los marqueses de Santa Cruz. Entrando en la Compañía el año de 1558, halló su ingeniosa humildad modo de ocultar la nobleza de sus cunas, haciéndose llamar Arana: sus grandes talentos, de que eran testigos las universidades de Alcalá y Salamanca, pretendiendo el grado de coadjutor temporal, y sirviendo mucho tiempo en la cocina, sin dejar salir de sus lábios jamas una palabra por donde se viniese en conocimiento de los grandes progresos que habia hecho en la filosofía, teología y derecho canónico. Habíale dotado el Señor singularmente del talento de la palabra, que ejerció con mucho fruto, corriendo en misiones la Galicia, y mas en la navegacion que hizo en la Almiranta, con el hermano Juan Sanchez, testigo ocular de cuanto hasta aquí hemos escrito, que se halla de su puño en uno de los mas antiguos manuscritos del archivo de la Profesa. En componer las querellas de la gente de mar, en explicarles la doctrina, leerles algun libro devoto, rezar con ellos el Rosario, y atender á sus confesiones, gastaba la mayor parte del dia y de la noche. Lo que le daban para su sustento, enviaba muy secretamente á algun enfermo, habiéndolo ántes superficialmente gustado; hallando así en su grave mortificacion, con que fomentar la caridad. Era de unas maneras muy dulces, y religiosamente festivo, dotes de que se valia maravillosamente para atraer sin violencia á la virtud á todas las personas que trataba. Una provincia tan observante y religiosa,

Muerte del P. Bazan, su elogio y exequias.

bien merece haber tenido en su cimiento, y haber dado al cielo por primicia sugeto de tan rara humildad, y tan acreditado fervor.

Intentaron nuestros padres, conforme á la modestia que usa la Compañía, y al estado presente de los negocios, se diese al cadáver sepultura sin aparato alguno, como á los demas pobres que mueren diariamente en los hospitales; pero divulgándose la nobleza del difunto, y lo principal, sus heroicas virtudes en la ciudad, no pudieron impedir que la providencia del Señor no glorificase los funerales de aquel humilde Padre, que por su amor habia tanto procurado abatirse. El entierro se hizo con la mayor solemnidad, se le puso un ornamento riquísimo. Cantó la misa uno de los señores prebendados, y la ofició la música de la Catedral. Esperan sus huesos la universal resurreccion en la Iglesia del mismo hospital. Entretanto, convalecidos los demas, dispuso el R. P. Fr. Agustin Farfan, pasasen á convalecer al pueblo de Sta. Fé, dos leguas al sudueste de México, perteneciente al obispado de Mechoacan. Habia allí fundado un hospital la caridad de aquel gran prelado *D. Vasco de Quiroga*, de cuyas virtudes tendremos que hablar aun en mas de un pasage de esta historia, y su administracion, como el curato del pueblo estaba vinculado á una de las prebendas de aquella Santa Iglesia, y lo obtenia entónces el noble caballero *D. Diego Bazan*: este, que como los demas ilustres miembros de aquel cabildo, habian heredado del Sr. *D. Vasco* un tierno amor á la Compañía, se ofreció á llevar y mantener allí á su costa á todos los enfermos hasta estar enteramente restablecidos.

Con la caritativa asistencia y regalo que allí tuvieron, convalecieron muy breve nuestros padres y volvieron á su antigua morada del hospital de nuestra Señora. Predicaba frecuentemente el padre *Diego Lopez*, hombre de un raro talento y fervor, de que habia dado mas de una prueba en la Europa. Muy lejos de aquellas curiosidades y agudezas que entretienen el entendimiento, y no llegan jamas al corazon, eran sus exhortaciones de una fuerza y claridad admirable, de una doctrina llena de espíritu y verdad. Concurrían de todas partes de la ciudad y todo género de personas á escucharlo con ansia. La Iglesia, los patios vecinos y la calle, en todo aquel distrito en que podia oirse su voz, todo se llenaba. Como caía la semilla del Evangelio sobre un terreno dócil se comenzó muy en breve á coger á manos llenas el fruto. Se estableció la frecuencia de los Sacramentos, á que se daba comunmente principio por una confesion general. Se vió la

Primeros misterios en México, y donacion de un sitio.

reforma en los trages, las sinceras reconciliaciones de muchos enemistados. Los jueces, los mercaderes, no daban paso sin parecer de aquellos que miraban por maestros. A estos felices principios, ayuda poco la necesidad de servirse de agenas iglesias y agenos púlpitos. Dos meses habian ya pasado sin que hubiese algun fijo bienhechor sobre quien pudiesen contar seguramente los padres para su subsistencia en México. Esto es tanto mas notable, cuanto han sido siempre muy famosas, aun de los autores estrangeros, la piedad y liberalidad de los mexicanos para con las familias religiosas; pero el Señor con las enfermedades, con el desabrigo y la escasez de tantos dias, tentaba verosíblemente la confianza de sus siervos, y los enseñaba á descansar tiernamente en el seno de su Providencia. En silencio y paciencia, por no ser gravosos á la ciudad, determinaron encomendar á su Magestad el negocio, ni quedó burlada su esperanza. *D. Alonso de Villaseca*, el mas opulento ciudadano de México, que algunos dias ántes habia enviado al hospital cien pesos de limosna, adoleciendo de no se qué leve indisposicion, llama una noche á su casa al padre provincial: propónelle como allí cerca tenia unos solares despoblados que ocupaban un grande sitio, que si parecían á propósito los ocupasen los padres, á quienes hacia desde luego entera donacion. El lugar estaba en aquel tiempo cuasi fuera de la ciudad. Los pocos edificios arruinados, solo servian para los carros, y las récuas que le venian de sus haciendas, sin embargo, no se abria por otra parte brecha alguna: se debía mucho agradecimiento al Sr. *Villaseca*, y pareció no deberse agriar su ánimo ni de los demas que pudiesen aprovecharnos con una repulsa, que tuviera visos de soberbia.

Se admitió la donacion, y con el mayor secreto se pasaron todos una noche á aquel sitio sin noticia aun del Sr. virey. Este piadoso caballero habia meditado dar á los padres mejor lugar en la plaza del Volador, quiere decir, en el centro de la ciudad, cercano á su palacio; pero se declaró tarde. El tuvo la mortificacion de que otro le hubiese prevenido y algun amoroso sentimiento de la suma modestia y religiosidad de los jesuitas en no haberse declarado con S. E. sobre la cualidad del sitio que se les ofrecia, por no parecer que pretendian se les mejorase. Pasaron á su nueva habitacion á principios de diciembre: vivian con suma incomodidad, de cuatro en cuatro, y dedicaron para capilla la pieza menos mala, viniendo á quedar el altar debajo de una escalera, justamente donde está ahora la puerta principal del colegio.

Sentimiento del virey, y composicion de un pequeño pleito.

Luego que se divulgó la nueva morada, que ya ocupaban como propia los padres, comenzó á frecuentarse de todo género de personas nuestra pequeña hermita. Decían misa uno á uno, con ornamentos muy pobres, con cáliz y patena de estaño. D. Luis de Castilla, caballero del orden de Santiago y regidor de México, remedió luego esta necesidad, enviando todo el aderezo y muebles mas preciosos de su oratorio. Muchas piadosas señoras convirtiendo en sagrados los profanos adornos, nos proveyeron asimismo de paliás, de frontales, manteles y toda la demas ropa necesaria para la decente celebracion de los divinos misterios. El primer cuidado del padre *Pedro Sanchez*, fué formar algun género de clausura de adobes ó ladrillos crudos, y que poco á poco se fuesen practicando nuestros ministerios. Aunque el sitio era tan escusado, pareció á los religiosísimos padres predicadores, que caía dentro de sus cannas ó lindes, y modestamente espusieron su dicho á la real audiencia, para que tomásemos lugar en que no se perjudicase á sus excepciones. Noticioso el padre *Pedro Sanchez* de tan justa oposicion, pasó á verse con el R. P. Fr. Pedro Pravia, procurador que era entónces, é inmediatamente fué electo prior de aquel imperial convento. Propúsole con grande modestia, que la Compañía no recibia estipendio por misas, sermones, ni algunos otros ministerios: que sus colegios se mantenian de sus rentas propias, y no pedia limosna por las calles: que en consecuencia de esto, la Sede Apostólica habia concedido á la Compañía el privilegio de edificar *intra cannas* de los otros órdenes religiosos, aun mendicantes, y sentenciado á su favor en la causa del colegio de Palencia, como constaba por las bulas de los sumos pontífices Pío IV, que comienza: *Et si ex debito pastoralis officii*, expedida el año de 1561, que su paternidad M. R. se dignase pasar por ella los ojos, y que si no quedaba su religion enteramente satisfecha, que en el nombre de la Compañía cedia desde luego aquel sitio, y antepondria la paz y el respeto que debia al orden sagrado de predicadores, á todas sus comodidades é intereses.

Religiosa caridad de los padres predicadores.

La humildad y modestia del P. Pedro Sanchez, sostenida de la justicia de la causa, hizo todo el efecto que podia esperarse en el ánimo de un varon tan religioso y docto. Cesó luego la contradiccion, y para dar á conocer al público aquella observantísima familia que la justa representacion que habian hecho en fuerza de sus privilegios, no disminuía un punto el tierno amor que nos habian profesado y manifestado hasta entónces, vino el R. padre prior á ofrecernos su bella y magestuosa

Iglesia, para celebrar en ella la fiesta de la Circuncision del Señor, y titular de nuestra Compañía, trasladando entónces, y despues hasta ahora para la tarde, la solemne funcion de procesion de las *huérfanas*, que ese dia dota la archicofradia del Santísimo Rosario. En efecto, no pudiéndose resistir á tan afectuosas y sinceras instancias, se hubo de celebrar nuestra fiesta en aquel hermoso templo. Cantó la misa el padre provincial. Predicó el padre rector *Diego Lopez*, dando un elocuente testimonio de los grandes favores que en la Europa habia debido la Compañía desde su cuna, á tan esclarecida religion. El padre Dr. Pedro Sanchez pagó como podia aquella religiosa caridad, haciendo que dos de nuestros estudiantes que no habian aun acabado la teología, pasasen á oirla á las escuelas de Sto. Domingo, con tanto afecto y esmero de aquellos sábios maestros, como se vió en varias públicas funciones con que los honraron. En la pobre casa crecia cada dia mas el concurso de gentes piadosas. La juventud, que por lo que oia decir á sus padres, esperaba tener algun dia por maestros los jesuitas, comenzó á aficionárseles mucho. En determinados dias salia por las calles una inocente tropa de niños cantando la doctrina cristiana. Gobernaba la procesion el padre rector *Diego Lopez*, con una caña en las manos, hasta la plaza mayor, donde con increíble concurso y mucho provecho de un vulgo innumerable, esplicaba alguno un punto de la doctrina, y concluía otro con alguna exhortacion moral. Las primeras veces que se practicó este ejercicio, uno de los mas importantes y provechosos que usa la Compañía, muchas personas de todas calidades, refirieron á los padres como en los tiempos inmediatos á su venida, se habia escuchado cuasi diariamente por las calles de México, aquel tono mismo en que cantaban con los niños la doctrina, y como nadie habia podido descubrir al autor de aquellas voces, que sin duda, decian, eran angélicas.

Así lo hallamos uniformemente testimoniado en todos los antiguos manuscritos de la provincia, y escrito por autores gravísimos, dentro y fuera de la Compañía; y á la verdad, como este prodigio no tanto cede en alabanza de nuestros primeros fundadores, como en gloria de la santísima doctrina de la Iglesia católica, ¿quién no cree cuán agradable será al cielo, á los ángeles y al mismo Señor Autor y consumidor de nuestra fé, que sus mas grandes misterios se cantasen públicamente por boca de niños inocentes, en una region que acababa de salir por su piedad de las tinieblas, y sombra de la muerte, á la admirable luz? ¡Y

á quien no se le hará muy verosímil que los santos ángeles con una tan sensible demostracion, quisiesen mostrar su júbilo y no tanto aplaudir al celo de la Compañía, cuanto excitarlo á un ministerio tan glorioso, y que hace una de las partes mas sustanciales de su apostólico instituto?

Edifican la primera iglesia de la Compañía los indios de Tacuba.

Con la recomendacion de este prodigio era muy sensible á toda la ciudad que no tuviésemos un fondo de templo capaz de los grandes concursos que prometian tan bellos principios; sin embargo, los padres no querian importunar á los vecinos, y de parte de estos no se daba paso á una obra que no podia dejar de ser muy costosa. En estas circunstancias se dejó ver cuanto las ideas de Dios son superiores á los consejos humanos. El Exmo. Sr. D. Martín Enriquez, D. Pedro Moya de Contreras, D. Alonso de Villaseca, sobre quienes podia fundarse la mas sólida esperanza, todos desaparecieron, todos cedieron á la piedad y al tierno afecto que mostró á la Compañía un noble indio. Era este D. Antonio Cortés, cacique, y gobernador del pueblo de Tacuba, una legua al Oeste de México, entónces numerosísimo. Presentóse acompañado de los principales de su nacion, al padre Pedro Sanchez, y hablando en nombre de todos: „Bien habrás sabido, padre, (le dijo) como nuestros mayores, en agradecimiento de haberlos traído el Señor al seno de la Iglesia, edificaron á S. M. la Iglesia Catedral. Imitadores de su fé no queremos nosotros serlo menos de su reconocimiento y de su piedad. Persuadidos á que la vuestra es una religion enteramente consagrada á la pública utilidad, sin excepcion alguna de personas, hemos creído no podiamos hacer á nuestro Señor obsequio mas agradable, ni mas importante servicio á esta nuestra capital, que edificar el primer templo de la Compañía de Jesus. Movidos á este intento únicamente por la gloria de Dios y utilidad de nuestros hermanos, deberás hacernos la justicia de persuadirte, á que no esperamos mas paga que la que el Sr. quisiere darnos en el cielo. El templo, bien que no tan magnífico y suntuoso como nosotros querriamos, y como lo exige la grandeza de los divinos oficios; pero á lo menos conforme á nuestras fuerzas, será sólido, hermoso, y capaz para vuestros santos ministerios.” El padre provincial agradeció, como debia, tan grande beneficio, y prometió tenerlo muy presente para procurar que toda la provincia lo correspondiese, dedicándose con particularidad al cultivo de los naturales. Abrieron luego los cimientos para un templo de tres naves y cerca de cincuenta varas de fondo. Trabajaban en la obra más de

tres mil indios con tanto fervor y alegría, que en tres meses, quedó perfectamente concluido, muy hermoso por dentro, aunque por fuera cubierto de paja, lo que hizo se le diese por muchos años el nombre de *Xacalleopan*. Se fabricó el nuevo templo no sin especial disposicion del cielo, en el lugar mismo donde hoy está la iglesia del colegio seminario de S. Gregorio á quien se dió despues. \*

Entre tanto el padre provincial, estendiendo á todas partes las miras de su caridad, no pensaba sino en la Florida. Esta mision debia, por orden de S. Francisco de Borja incorporarse en la nueva provincia. Desde la venida del padre Antonio Sedeño no se habian tenido de ella nuevas algunas, ni podian tenerse por el poco ó ningun comercio que habia entónces de la Habana á Veracruz. El padre Pedro Sanchez habia venido encargado de nuestro padre general S. Francisco de Borja de visitar aquella mision y la residencia de la Habana. La experiencia le mostró cuán difícil era cumplir con esta orden. En la carrera de España á las Indias no se hace ni puede hacerse escala en la Habana, y mucho ménos en la Florida, sin un grande estravío. Pasar de México allá, era dejar la nueva provincia en su cuna sin aquel materno abrigo de que tanto se necesitaba en el sistema presente de las cosas. Todos los padres consultores fueron de opinión que no convenia faltase un punto de México el provincial. En consecuencia de esta resolucion, encargó la visita de aquellas residencias al padre Antonio Sedeño. Volviendo este á la Habana halló enteramente arruinada la vice-provincia de la Florida. Los españoles habian desamparado la tierra, ni les quedaba mas presidio que el de S. Agustin. Los indios aborrecian cada dia mas á los europeos, y habian huido á los montes, de donde no salian sino para causar continuas inquietudes á los moradores del presidio. La residencia de la Habana no podia subsistir sin la mision de la Florida, único fin por el cual se habia procurado. Determinó, pues, el padre Sedeño que todos los padres y hermanos pasasen á la Nueva-España. No se pudo entender en la ciudad esta resolucion sin un grande sentimiento. El Illmo. Sr. D. Juan de Castilla y el ayuntamiento de la ciudad, suplicaron al padre Sedeño

Resolucion de desamparar la Habana.

\* Hoy es la iglesia de nuestra Señora de Loreto abandonada, aunque tan magnífica como una Basílica, por haberse hundido, inclinándose notablemente hácia el Oriente. Reedificóla por piedad el conde Basoco, gastando inmensas sumas de dinero sobre la iglesia antigua.—EE.

no quisiese privarlos de tanto bien como traía á su ciudad la Compañía, ó á lo menos sobrediese un tanto mientras daban cuenta á S. M. de cuya clemencia esperaban un suceso muy glorioso á la Compañía y muy saludable á su país.

Representación hecha sobre esto al rey.

En efecto, escribieron al rey D. Felipe II cuánto importaba en aquella ciudad un colegio de la Compañía. El fervor de espíritu incansable con que predicaban, y la universal reforma de costumbres que seguía su predicación: la grande oportunidad que allí tenían para hacer, conforme á su instituto, correrías y apostólicas expediciones por todas las innumerables islas vecinas llenas aun de indios bárbaros, cuya conversión á nuestra santa fé por sí misma tan apetecible y tan digna del celo y cuidados de S. M. C. contribuiría no poco para hacerlos mas dóciles al suave yugo de la dominación española, y acabaría de afianzar sobre sus sienes la corona de tantos y tan remotos pueblos cuya fidelidad vacilaba en los errores de su gentilidad; que sobre todo reconocían una suma necesidad de esta nueva religion para la crianza y educación de la juventud, así en las letras como en virtud y política, para que parece los había dotado singularmente el cielo, y de cuya aplicación y esmero en esta parte podían ser testigos ellos mismos en todos aquellos años, en que con ocasión de la misión de la Florida, habían morado en su ciudad los jesuitas. Concluían pidiendo se dignase S. M. darles el consuelo que pretendían, interponiendo su autoridad y augusto nombre para que no desamparase la Compañía un país tan dócil hasta entonces á sus instrucciones y ejemplos. El padre Antonio Sedeño escribió tambien de su parte al rey la comisión de que se hallaba encargado. La ninguna esperanza que restaba de la Florida, que por lo que miraba á la Habana, la Compañía tenía mucho que agradecer á aquella ilustre ciudad, y estaba muy dispuesta á servir á la Santa Iglesia y á sus reyes en aquel ó en cualquiera otro lugar el mas bárbaro de la tierra; solo hacia presente á S. M., que aquella era hasta entonces una ciudad muy corta y de muy pocos caudales para poder mantenerse en ella de limosna. Que hasta allí lo habían pasado con trabajo de las que voluntariamente habían querido darles algunos piadosos, y sobre las cuales no se podía contar para una perpetua subsistencia. Que en seis años no había tenido aquella residencia fondo alguno, ni aparecía alguna luz de fundación para lo de adelante. Que si S. M. de sus reales cajas daba orden que se les proveyese de lo necesario, ó la ciudad se obligaba á mantenerlos, de muy buena gana se sacrificarían á cualesquiera trabajos é incomodidades.

Interín que S. M. resolvía, determinó que el padre Juan Rogel y los hermanos Francisco Villa Real y otro compañero, partiesen á Nueva-España para dar cuenta de todo al padre provincial, y desahogar aquella residencia de tres sugetos que no podía mantener sin trabajo; pero en México no se pasaba con mas abundancia. D. Alonso de Villaseca, hombre anciano y demasiadamente recatado, no aventuraba un paso sin mucha consideración. Dado el suelo y aquellos pocos edificios observaba en mucho silencio la conducta de nuestros padres. Nada de fundación, nada de iglesia. El virrey D. Martín Enriquez y algunos otros señores que en mucho pudieran aliviarlos, lo juzgaban poco necesario creyéndolos bajo la protección del Sr. Villaseca. Las pocas limosnas que este daba, y siempre con un aire de desden y de enfado, apenas bastaban para las necesarias obras de cerca y oficinas de casa que había emprendido el padre Pedro Sanchez. En esta situación se hubieran visto desde luego muy necesitados á pedir por puertas alimento, si la piadosa caridad de las religiosas de la Concepción no les hubiese socorrido.

Limosnas en México.

Este monasterio, el primero que se había fundado en México el año de 1530, florecía entonces, y llena aun hoy en día toda la América del suave olor de sus religiosas virtudes. Enviaban cada semana estas señoras una gruesa limosna de pan y carne, de que se mantuvieron nuestros religiosos hasta que tuvo el colegio suficientes fondos. Noticioso nuestro padre general de esta liberalidad, mandó las gracias á dicho monasterio, encargando á los de la Compañía que en todo procurasen servirles con particular esmero, como lo ha hecho hasta aquí toda la provincia, testificando un eterno agradecimiento á tan singular beneficio. Hizo lo mismo despues que se divulgó la cortedad del nuevo colegio D. Damian Sedeño, abogado insigne de la real audiencia, y otros bienhechores, entre los cuales resplandeció singularmente el Lic. D. Francisco Losa, cura entonces de la Catedral. Este edificativo eclesiástico, no contentó con gastar toda su renta en los pobres, recogía cada año de personas muy parecidas á él en la caridad gruesas limosnas que repartía á los vergonzantes de la ciudad, y pasaban algunas de catorce y quince mil pesos. Enterado de las necesidades que padecían nuestros religiosos había tratado con varios de sus amigos de los medios de remediarlas, y para este efecto remitía cada semana setenta ó mas pesos, con que se podían pagar algunos operarios é ir poco á poco poniendo en forma regular de colegio nuestra incómoda ha-

Las monjas de la Concepción socorren á los padres jesuitas.

bitación. Así lo practicó por espacio de cinco años, hasta que renunciando el cargo de ajenas almas, se entregó enteramente á cuidar de sí mismo en la Soledad de Santa Fé en compañía de aquel gran varon *Gregorio Lopez*, con quien vivió diez y ocho años, dejándonos escrita su admirable vida como testigo ocular, de que tendremos que hablar mas largamente en otro pasage de esta historia.

Ministerios. Cada dia crecia mas en los ánimos la estimacion y aprecio de nuestros ministerios. En toda la ciudad se sentia el buen olor de tanta humildad, de tanta paciencia en los trabajos, de tanto desinterés en todo, de tanta pobreza, y de tan religiosa afabilidad. Llegado el santo tiempo de cuaresma se hubieron de repartir aquellos pocos sugetos por todos los templos. Predicaba el padre *Diego Lopez* los domingos en el hospital de nuestra Señora. Los miércoles en el colegio de las niñas. Los viernes en el hospital del Amor de Dios. Los padres *Pedro Diaz*, *Hernando Suarez de la Concha*, y los demás que podian, hicieron lo mismo en el convento de la Concepcion y en todas las parroquias, con tanta ansia y aplauso de los oyentes, que muchos, dejada la estrechez de los templos, hubieron de hacerlo en los patios, en los cementerios y plazas vecinas. Una aclamacion tan general no pudo dejar muy breve de llegar á oídos del ilustre cabildo. Estos señores que siempre se han distinguido en favorecer á la Compañía, determinaron que la nueva religion entrase con las otras tres en tabla para los sermones de Catedral. Juzgó la seráfica religion que en sede vacante no residia en el venerable dean y cabildo autoridad para innovar cosa alguna en esta parte, y obtuvo un exhorto de la real audiencia para que se suspendiese la asignacion hasta la promoción de nuevo arzobispo. Esta pequeña diferencia no sirvió sino para mayor lustre de la Compañía. Los señores del cabildo, obedciendo por entónces, señalaron para Semana Santa, en que cesa la tabla, al padre *Pedro Sanchez*, y por muchos años despues no tuvieron otro predicador para los dias mas solemnes de Ramos y Mandato. Electo á fines de este mismo año por arzobispo de México el Sr. *D. Pedro Moya de Contreras* puso luego en tabla á la Compañía para el año siguiente de 1574. Obedciera á S. S. I. algunos años, hasta que el amor de la paz le hizo renunciar este honor, cediéndolo á las otras religiones, y teniéndose entre todas por mínima, segun el espíritu de su santo fundador.

Dedicacion del primer templo.

Concluida á fines de abril la fábrica de nuestra Iglesia, quiso el venerable dean y cabildo, ó por mejor decir, toda esta nobilísima ciudad,

mostrar el sumo regocijo que les causaba nuestro templo. Dispúsose una solemne procesion, con asistencia del Sr. virey, audiencia real, inquisidores, religiones, y toda la flor de la nobleza. Concurrieron como á cosa suya los indios todos de la comarca, convidados por el cacique de Tacuba, con sus respectivas insignias. Uno de los vecinos habia dado para este dia un muy hermoso tabernáculo: otro una custodia de plata sobredorada, no sin alguna pedrería. El altar, ornamento y púlpito, se adornaron de rica tela de oro, sobre fondo carmesí, donde uno de los mas distinguidos caballeros regidores de la ciudad, *D. Luis de Araóz*, se trajo de la Catedral con este acompañamiento el Santísimo. El altar y el púlpito, se cedió al insigne orden de predicadores, y con su beneplácito entraron á la parte en Evangelio y Epístola las dos sacratísimas religiones de S. Francisco y S. Agustin. Predicó el Rmo. padre maestro Fr. *Domingo de Salazar*, sugeto de un elevado mérito, y de no inferior talento, electo despues arzobispo de Manila. Debióle la Compañía las mas grandes y mas honrosas expresiones, y la série del tiempo manifestó bien que era su corazon el que habia hablado. Despues de la funcion, honraron las mas de estas personas el refectorio, en que á pesar de las modestas representaciones del padre *Pedro Sanchez*, quiso hacer el mismo *D. Luis de Araóz* una pública demostracion de cuanta parte tomaba en nuestro regocijo. Así se dedicó el primer templo que tuvo en la América la Compañía de Jesus, con universal júbilo de todos los órdenes de la ciudad, que parece presentian todo el provecho que de él habia de resultar al público. Con su mayor capacidad creció el concurso. Ocho sacerdotes en el trabajo incesante de oír confesiones la mayor parte del dia, y descuidados enteramente de las incomodidades de su pobre morada, no dejaban jamas el puesto sino para asistir á los moribundos, para servir á los enfermos en los hospitales, para consolar á los presos en las cárceles y procurarles el sustento, que no buscaban para sí mismos. De aquí se repartian por las calles, por las plazas públicas y los barrios de la ciudad, á predicar al pueblo y enseñarles los principales misterios de nuestra santa fé, de que habia en la ínfima plebe una extrema ignorancia. El espíritu de la caridad los traia siempre en un continuo movimiento.

Acaso un dia en que con mas aparato se habian convidado todos los maestros de escuelas para acompañar con la respectiva juventud que tenían á su cargo á los padres hasta la plaza mayor, y hecho allí des-

Ofrece la ciudad mejor sitio.